

El Entreacto.

PERIODICO DE TEATROS,

LITERATURA, ARTES Y MODAS.

TEATROS DE ESTA CORTE.

ULTIMAS REPRESENTACIONES EN AMBOS.

Las festividades que se han hecho en Madrid con motivo de la llegada del señor duque de la Victoria, han dado cierto giro particular á las funciones teatrales de estos últimos dias. Dispúsose primero, una en el teatro del Príncipe de acuerdo con el Exmo. Ayuntamiento, y convidando éste, á las personas que asistieron á ella con el objeto de festejar al vencedor de Luchana. Por una fatalidad inconcebible, su éxito no correspondió en nada al objeto propuesto; y sería tan inoportuno como poco prudente el tocar una llaga aun no bien cicatrizada. Dejemos pues este punto y pasemos á otro mas agradable, ocupándonos de *Il Barbiere di Siviglia*, espectáculo lírico arreglado en el teatro de la Cruz, con el mismo fin que el anterior. En él hubo dos cosas dignas de atencion: la primera salida de Galli en el papel de don Bartolo, y la presentacion de doña Antonia Campos que prestándose á la invitacion de la corporacion municipal, hizo la parte de Rosina, que por la premura del tiempo no pudo desempeñar la Mazarelli. Los demas papeles fueron egecutados, Figaro por Salas, il Conte de, Almaviva por Ojeda, y Don Basilio por Reguer. Apesar de que esta ópera se puso en escena en menos de dos dias, la egecucion fué en el total muy satisfactoria. Prescindiremos de la prima donna doña Antonia Campos, que no estando ajustada en la compañía y que habiéndose presentado aquella noche por condescender á la invitacion que se la habia hecho, no debe ser objeto de crítica, ni de alabanza y queda fuera del juicio de los periódicos. Respecto á Galli no es mucho lo que tenemos que decir, pero afortunadamente todo en su alabanza. Pocas personas hay en Madrid que no conozcan al afortunado cantante de la Agnese y de la Ceneréntola: Galli se mantuvo en el papel de don Bartolo á la altura de su reputacion y recibió del públi-

co los aplausos que permitian la clase de concurrencia y el objeto patriótico de la funcion. Salas es un actor inteligente y un cantante diestro: ambas cosas dejó ver suficientemente en Figaro. Ojeda estuvo tan acertado como acostumbra en il Conte de, Almaviva y cantó con suma gracia su cavatina de salida. Que Reguer canta bien el aria de la *calumnia* es ya tradicional en Madrid.

A beneficio de nuestros valientes inválidos se dispuso en el teatro del Príncipe otra funcion dramática cuya part principal compuso la conocida tragedia *El pelayo*. En ella nos hizo ver Romea mayor cuantos son los extraordinarios recursos con que cuenta un actor de talento; pues tratándose de un género que segun nuestra opinion pasó ya para never, y que rara vez se ejecuta en nuestros teatros, hizo cosas admirables y caracterizó al héroe trágico como apenas era dado esperar. La concurrencia fue numerosa.

Réstanos hablar de Ratel que ha egecutado el papel de mono, en el conocido drama *Jocó*. Hizolo como lo esperaban todos los que ya le han admirado en el Circo Olímpico, de donde seguramente nos es sensible la separacion de este interesante colaborador.

Se sigue ensayando con actividad *Guillermo Tell*, y la compañía dramática prepara con no menos celo variadas funciones, que prometen abundante entretenimiento para las largas noches de la estacion que se acerca.

POESIAS

DE

D. MARIANO DE REMENTERIA.

El orden con que están clasificadas las diferentes piezas que componen la coleccion, nos proporciona poder dar cuenta con cierta especificacion metódica. Empezamos por odas báquicas que en general

tienen todo el tono y ligereza que exige esta clase de composiciones, particularmente las tituladas *De los viejos*, *A Doris*, *El valor*, *A una ponchera*, *A los amigos*: y la última nos revela que fueron las primeras inspiraciones de la juventud de su autor.

Los sonetos, composición tan difícil, pero que debe cultivarse siguiendo el consejo del grande Inarco, nos parecen haber ejercitado muy de continuo la aplicación del poeta que ha hecho un estudio particular de este género, como se vé entre otros en el *De Valino*, *La naturaleza*, *A Ubalio*, *La fuga del tiempo*, *El arroyo* y *A la lira*. El de *La chocita* presenta una innovación graciosa, pues tiene cuatro versos mas de los catorce, entregados en los respectivos cuartetos y tercetos.

En las cantinelas reina la misma soltura y desembarazo, y sus cuadros son mas detenidamente trazados. La primera titulada *Mi gusto*, prueba que el tono heroico es en nuestro rico idioma tan acomodadle al verso de arte mayor, como al de pocas sílabas, lo que se echa de ver en el vigor y fluidez de sus tres primeras estanzas. Sobresalen en esta clase las cantinelas *De mi niñez*, *A Lidia*, *Recuerdos*, *La mirada* y *A Glicera*. El pago de amor es un cuentecito anacreóntico que recuerda el estro de Villegas.

También los romances deben haber sido objeto particular del estudio del autor que manifiesta conocer la estructura que deben tener unas composiciones fáciles á primera vista, pero que exigen igualdad de periodos y un giro particular si han de distinguirse de las composiciones populares que vulgarmente se llaman coplas, tan inferiores á los hermosos romances de nuestros antiguos poetas. Los que el autor titula *Mis cantos*, *El Pescador*, *El desengaño* y *la Queja*, nada dejan que desear en esta parte. El romance primero *El solitario* presenta una particular coincidencia con otro del señor Romero Larrañaga que hemos visto en uno de los números del siglo: ambos tienen un mismo título y juegan con el mismo asonante, y si atendemos á la analogía de los dos apellidos puede decirse que los vizcainos piensan todos en ciertas materias del mismo modo.

La aveja y la mariposa, *El ruiseñor y la Piedra y el Cíncel*, son entre las fábulas las que mantienen el tono fino que generalmente es el característico de todas las producciones del autor. Las demás participan de otra tinta mas cáustica así como los cuentos que siguen á las fábulas.

En la segunda parte se ven ya inspiraciones mas maduras que anuncian los progresos de la edad y la atención de los buenos modelos. *La noche de luna*, y *El estudio de la naturaleza* merecieron el elogio de nuestro malogrado amigo Figaro en el *Observador* del día 25 de octubre de 1834 al dar cuenta de otra obra del autor, y nada añadiremos á un voto tan respetable. El público ha visto y consumido la edición del poemita titulado *Una mañana de primavera en el Retiro*, que hizo don Miguel de Burgos y entra en esta colección. La imaginación del autor le suministra en él muchos cuadros descriptivos, desempeñados en octavas muy vigorosas y sonoras. No ha estado menos feliz el señor Rementeria en la imitación del estilo blando de Fr. Diego Gonzalez en la *Sombra de Delio*. En la heroída de *doña Blanca de Borbon* presumimos que se propuso un ensayo en el género trágico. En la epístola *A don Mariano de Eguia* es donde la novedad del asunto, los recuerdos del país que fue teatro de su niñez y juventud, el conocimiento de sus costumbres y terreno y el deseo de abrir un nuevo campo á los ingenios que quieran cantarle, han redoblado, por decirlo así, el estro, é inspirándole versos enérgicos ó suavisimos segun la variedad de objetos, siendo sumamente interesantes las notas que acompañan á este poemita, así como á lo restante de la obra. Nosotros conocedores de aquel país y dueños hoy de la antiquísima hacienda de nuestro nombre y misteriosa cueva de Bálzola, cuyos históricos recuerdos recorre el poeta con tanta maestría y conocimiento, no podemos menos de apreciar este trabajo como el mas precioso de los de su colección, principalmente en una época en que aquellas provincias han demostrado á la faz del mundo, la energía en la guerra, el amor al código sagrado que por tantos siglos hizo la felicidad de los pueblos, y por fin la buena fe en sus convenios y el olvido de la encarnizada y fratricida lucha que habiendo regado sus campos de sangre española, terminó del modo mas digno para la nación y glorioso á la vez para ellos y el ilustre caudillo que nos conduce á la suspirada paz.

Aunque la escuela del señor Rementeria es la clásica, vemos que no por eso es preocupado despreciador de la romántica, antes bien que se ha ejercitado en ella en dos composiciones, una *El Trovador*, de tintas melancólicas pero dulces, y otra de sombras mas fuertes y exageradas, cual es la de *Tello y Clara*.

De los sonetos de circunstancias debemos hacer el mismo juicio literario que

de los ya citados: hay fluidez y novedad en los pensamientos; pero descuella en fuerza descriptiva, singularmente en los cuartetos, el titulado *A la heroica defensa de Bilbao*.

Ruge el mar, y levanta embravecido
Su mole audaz en la espumosa barra.

La parte sagrada contiene un *Himno á Dios y el día de Corpus*; notándose en éste, además de los buenos versos, las paráfrasis de pasajes bíblicos, que deben ser el núcleo de toda poesía sagrada.

Se alargaría sobradamente este artículo si estractásemos versos en comprobación de nuestro dictámen acerca de cada clase de composiciones de esta colección, y nos contentamos con remitir á nuestros lectores á la misma obra. El fondo de toda ella sembrado de pasajes sentidamente melancólicos, acredita que el autor ha mirado sus composiciones mas como alivio de sus desdichas, que como un título á la gloria, y que ha hablado de todo corazón cuando dice,

Así yo entono mis cantos,
Aunque me veo infelice,
Y doy al viento con ellos
Los daños que me persiguen.

Si nuestro deseo se limitase á buscar y denunciar defectos, no quedaríamos desairados, porque ¿cual será la obra que esté esenta de ellos como fruto de la flaqueza, debilidad y pequeñez humana? Defectos hallaríamos, en nuestro sentir, pero siendo escasos y de muy corta censura, aunque la crítica ejerciese todo su rigor, es consiguiente que superándola en mucho los elogios, aunque fuesen escaseados, vendría á producir el propio efecto que el que ocasionan los pequeños lunares en un rostro perfecto.

Conociamos ya algunas obritas del señor Rementeria, pero no la estension de sus conocimientos como poeta lírico. Escepcion de la regla sería que un hombre de notable mérito se hallase entre nosotros alhagado de la suerte, porque la adversidad que pesa casi sobre todos, no permite esas escepciones. Perseguido constantemente del destino fatal, apenas le debe otros beneficios que los de poseer un alma noble y una singular virtud. Consumado en varios ramos de literatura se ha creído siempre inferior á cuantos han cultivado los propios géneros, de manera que su escensiva modestia le ha sostenido en la oscuridad; y sin pretensiones de figurar vive en cierto modo desconocido cuando su amable caracter en la sociedad es tan recomendable como sus conoci-

mientos literarios, entre los imparciales apreciadores del ingenio.

El señor Rementeria no tiene, en nuestro concepto, razones fundadas para permanecer retirado y sombrío, y el público le dará pruebas inequívocas de esta verdad al examinar la colección de sus producciones poéticas. Su nombre no es extraño á los amantes de las letras por la justa reputación de que goza, pero deseáramos en obsequio común, que sin hollar en lo mas mínimo esa humildad que tanto le distingue, contribuyese al aumento de su celebridad, porque no podemos juzgarle esento de la noble ambición que ocupa en secreto al que sabe pensar.

Concluimos felicitando al señor Rementeria por el aprecio público con que serán recompensadas sus tareas, y al mismo tiempo al editor don Ignacio Boix á cuyo genio emprendedor debemos hoy la mayor parte de las novedades literarias. Ojalá tuviese muchos imitadores porque de este modo obtendríamos selectas producciones que siendo fruto de privilegiados talentos yacen desconocidas por falta de recursos en sus autores para darlas á la prensa.

A. de I. Zamdcola.

JUANA EL PAGE.

Novela marina de 1640.

SEGUNDA PARTE.

Establecido el primer cuarto, Roberto, se paseaba sobre cubierta; siente abrir una cerradura, observa; es la de la cámara de oficiales. — «Santiago, dice al cuartel-mastre, vela un poco por mí, mientras voy á coger mi capoton, porque hace frío. Desvíese al decir esto por la escalera de popa, y á poco rato se encontró á la puerta de su camarote. Acercóse á tientas á un lado y esperó.

No tardó en acercarse Mr. Lorjois con una linterna sorda: la puerta del camarote estaba entreabierta, la empujó y se abrió. Un ay! comprimido se oyó adentro y Lorjois entró sin vacilar. Al mismo instante Roberto se precipitó con un cuchillo en la mano sobre el guardia-marina, que al verle tiró del puñal. Mr. Lorjois se hallaba junto al lecho de Juana.

— «¡Miserable! exclamó: me has vendido, me has tendido un lazo. Al pronunciar estas palabras, se inclinó para herir á la infeliz.

— «Y qué viene á hacer en mi camarote á estas horas un oficial de la fragata

Le Cog? preguntó Roberto. ¿Tiene vd. orden del capitán para hacer la ronda por este sitio? ¿O pretende vd. asesinar á mi page?.. Salga vd. caballero; salga vd. y pronto.

—«¿Quién te ha dado autoridad para hablarme así, pobre diablo? ¿A mí, á Mr. Lorjois, pariente del marqués almirante Mr. de Brezé y superior tuyo?»

—«Un hombre, á quien ultrajas: oficial, caballero de la noble familia de Brezé, sal de aquí.

—«Baja ese cuchillo.

—«Tiembla que caiga en tu pecho.

—«¡Socorro! ¡Socorro! gritó Juana.

—«Roberto, mañana haré clavar á un mástil tu puñal y tu mano.

—«Calla, imprudente. ¿Quieres que todo el equipage de la fragata sepa que un caballero ha querido deshonrar las canas de un pobre contra-maestre?

—«¡Socorro!

—«Calla, hija mia. El señor está avergonzado de su conducta y vá á retirarse, prometiéndome no hacer mas tentativas, pues ya vé que guardo bien mi tesoro. Cuando vd. guste caballero, pero antes es preciso jurar que todo esto quedará entre nosotros.

—«¿Cómo! ¿Piensas que tengo miedo? Yo haré lo que me convenga.

—«¿Lo que te convenga? ¿Esperas burlarte de mí? Jura guardar silencio ó mueres.

El membrudo Roberto agarró á Mr. Lorjois por el cuello de la casaca, y le repitió.—Jura.

Juana habia saltado de su lecho y se encontraba en medio de estos dos hombres que se amenazaban: vanos eran sus esfuerzos para separarlos; se arrodillaba, pedia favor á gritos; todo inútil. Roberto tiró un golpe á su contrario que le rasgó el uniforme, y al mismo tiempo el puñal de este, penetró hasta el corazón del honrado contra-maestre.

Un horroroso grito de Juana anunció á los que estaban de cuarto y á los que dormían en la batería, la escena del entrepuente. «Al asesino» fué lo único que Roberto pudo pronunciar antes de caer. Casi al mismo tiempo entró en el camarote Jorge Leduc con un farol y la espada desnuda.—«¡Sangre! exclamó; ¡cuchillos! ¡un herido! ¿Qué veo!... El contra-maestre Roberto, Mr. Lorjois, y una muger! ¿Que esto? ¿Qué complicacion de crímenes? Dios tenga piedad de la fragata.

Leduc hizo seña al cabo que habia acudido con la guardia. Esta se apoderó del oficial, le desarmó y condujo al pie del palo mayor, donde cuatro centinelas de vista, tuvieron orden de custodiarle has-

ta la llegada del comandante, á quien se dió aviso de la ocurrencia. Los marineros que en tropel se presentaron al oír la desgracia del buen amo Roberto, lo levantaron del suelo colocándolo en su cama. Juana mas muerta que viva, procuraba estancar la sangre que á borbotones salía de la herida, y besaba derramando copiosas lágrimas, de esta herida que no tardó el cirujano en juzgar mortal.

El capitán Puerta-Negra fué anunciado y llegó en compañía del capellán.

El lugar de la escena estaba alumbrado por algunos faroles suspendidos á los barrotos del puente, y Leduc hizo desembarazar el paso: colocáronse asientos para los oficiales y una mesa para el secretario: se dió por orden el mas absoluto silencio.

El señor Puerta-Negra entró en la cámara del contra-maestre, y al ver á Juana, cuyo sobresalto no la dió lugar á cubrirse con el chaqueton, exclamó: ¡Ah, Roberto! Me engañaste: la presencia de una muger abordo, explica todo el misterio.

Roberto reunió todas sus fuerzas, y sostenido por el cirujano y por Juana, levantó la cabeza y dijo. Sí, mi capitán, teneis razon: el libertinage ha querido marchitar el honor de esta hija querida. Juana no tiene madre ni parientes, á quienes pudiese confiarla: solo yo quedaba: solo ella me quedaba á mí. No la quise dejar en la Rochelle, en medio de una turba de caballeros, que hubieran tenido á mucho honor para ella el que se dejase seducir, y la traje abordo disfrazada. ¡Ah! Yo no me acordaba que en la fragata habia un malvado, un Lorjois: bajo el vestido de un page, ha reconocido á una muger; y ha intentado violarla. Para él era un juego esta infamia, pues la creia mi esposa ó mi amante. Mas yo velaba.... Yo he sabido presentarme entre el lobo y la oveja, y el lobo me ha mordido. Ha hecho bien, porque si nó, hubiera perecido á mis manos.

Roberto cerró los ojos para no volverlos á abrir. El cirujano dijo: ya no respira, y un murmullo de dolor asomó á los labios de todos los circunstantes: Juana se desmayó.

Se hará justicia, y pronto, dijo el comandante sacudiendo su blanca cabeza. Que se presente Mr. de Lorjois.

—«Oficial, estoy enterado del crimen que vd. ha cometido, y vd. conoce la ley.

—«Ese hombre me ha provocado, capitán.

—«Provocado á que vd. sedujera su hija?

—«A violentarla?—Ha levantado su cuchillo para matarme, y he debido defenderme.—Y él ha debido defender la inocencia de su hija.—Un pasatiempo, una galan-

teria puede acarrear la muerte á un caballero como yo?—La ley es igual para todos: noble ó plebeyo, vd. ha matado á ese hombre, y la ley lo mata á vd. Prepárese vd. para morir.—Apelo de esa sentencia á Mr. de Brezé y al rey —«Estamos sobre las costas de España, y soy en nombre del rey, el juez supremo de este buque: mis órdenes no tienen apelacion.—El almirante mi pariente pedirá á vd. cuenta de tan bárbara sentencia.—Tranquilamente sabré presentarme á Mr. de Brezé y decirle: «El pariente de V.E. ha cometido un asesinato: la ordenanza, cuya puntual observancia me encomendó V.E. le condenaba: ha pagado su delito.» Mañana por la mañana se cumplirá la ley. Leduc, que se retire el reo; póngale vd. preso en la segunda cámara con centinelas: allí irá el padre capellan á recibir la confesion de sus pecados, y á prepararle para entrar en otra vida mejor.»

El capitán se levantó, contempló á Roberto largo espacio y tomando á Juana de la mano; has perdido, le dijo, un excelente padre y haces bien en llorarle, pero tus lágrimas no le harán resucitar: quedas huérfana y necesitas un apoyo, una familia, pues bien, yo seré desde hoy tu padre: el otro día me recordaste las gracias de mi querida Margarita, tú la reemplazarás. ¿Consientes?

Juana no respondió sino sollozando. ¿Qué había de responder?

Al amanecer, el barbero con ayuda del cirujano despojó al cadáver de Roberto de sus vestidos, le cubrió con un pedazo de lona, y lo hizo transportar sobre cubierta. Algunos instantes despues Leduc condujo al mismo sitio á Mr. Lorjois, cuyas manos estaban fuertemente amarradas con una cuerda, que el cabo de guardia tenía por un extremo. Todo el equipage se hallaba sobre el puente, los soldados con armas y formados en orden de batalla, los oficiales en sus puestos y el comandante con la plana mayor sobre el castillo de popa. El primer teniente fué á tomar órdenes del capitán, quien mandó que no disparasen cañonazos, ni se batiesen cajas en atencion al estado de Juana.

Leduc leyó ectences á Mr. Lorjois la sentencia, que se había firmado ya por todos los oficiales. Nada respondió, dirigiéndose inmediatamente á un tablado dispuesto ya de antemano, sobre el cual se hallaba descubierto el cuerpo del contramaestre. El guardian y cuatro marineros desnudaron al oficial y lo colocaron sobre su víctima: horrible contacto que arrancó de su alma una exclamacion doloro-

sa. El cadáver vivo fué amarrado al muerto espalda con espalda, y por medio de un andarivel pasado á la estremidad de la verga de mesana, fueron ambos izados á la parte exterior de babor de la fragata: allí permanecieron balanceándose algunos minutos, hasta que, á una señal del primer teniente se cortó la cuerda. Pronto se encontró *Le Cog* á muchas millas de distancia de aquellos desventurados que apenas se divisaban entre la espuma de la estela.

El... de julio de 1640, el capitán Puerta-Negra dió fondo en el puerto de la Rochelle. Inmediatamente se presentó al almirante Brezé. Despues de darle cuenta de la comision que le había confiado, le hizo una triste narracion del suceso que acabamos de referir.

—«Capitán, le respondió Mr. Brezé, apretándole la mano, vd. ha adoptado la hija de un bravo oficial y ha hecho vd. muy bien: es una accion generosa. Vd. ha respetado la ley, apesar del sentimiento que debía ocasionarle, sentenciar á muerte á un pariente mio: la disciplina es tan necesaria en un buque, que solo puedo decir una cosa; vd. ha hecho muy bien. Un abrazo, capitán. Ahora mismo voy á mandar poner en la órden del día de la escuadra, mi satisfacion por la conducta de vd. y la muerte de mi sobrino; y cuando haya cumplido este deber, espero que mis amigos no me criticarán si, sensible á la muerte de Mr. Lorjois, sorprenden en mis ojos algunas lágrimas. Era hombre que prometia ser con el tiempo buen marino.

Al pronunciar estas palabras se separaron los dos viejos guerreros: el capitán satisfecho por haber llenado exactamente sus obligaciones como gefe: el almirante satisfecho tambien, pero lleno de dolor: el cumplimiento de la ley le costaba un sobrino querido.

J. M. de Andueza.

LA TIA Y EL SOBRINO.

Escena comico-pintoresca.

UN POSTILLON—(sacudiendo su látigo.) Ea, señores.... plaza, plaza.

UN CAZADOR.—Alto, postillon, alto: por vida de...

UNA SEÑORA—(desde la silla de posta.) ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

MUCHOS CAZADORES—(corriendo á todo escape y sonando las trompas.) Halalí! Halalí!

LA SEÑORA.—¡Dios mío! Postillon ¿Habrá algún desorden en la ciudad?... ¡Ay! ¡Una fiera!

UN CAZADOR.—¡Qué veol! ¡Mi tía!

EL POSTILLON.—Eh! No señora, si es un ciervo.

LA SEÑORA.—Con efecto... allí está mi sobrino... ¿Pero no le veis? Estenuado de fatiga...

EL CAZADOR.—¡Qué felicidad, tía! Ya es nuestro; le tenemos acorralado.

LA SEÑORA.—¡Acorralado! ¿A quién?

EL CAZADOR.—A ese hermoso ciervo de diez ramas, querida tía. ¡Oh! le aseguro á vd. que no las tiene en los pies.

LA SEÑORA.—¡Pobre animal! No sé como todavía tiene aliento.

EL CAZADOR.—(tocando.) Halalí! Halalí!..... Llega vd., tía, muy oportunamente para verle morir.

LA SEÑORA.—¡Qué horror! Sobrino ¿porque lo has de matar? ¿qué daño te ha hecho?

EL CAZADOR.—¡Una friolera! ¿Sabe vd. que desde las ocho de la mañana no nos ha dejado reposar un instante? Halalí! Halalí! Veréis, compañeros, veréis como le introduzco una bala en el pecho.

TODOS LOS CAZADORES.—Halalí! Halalí!

LA SEÑORA.—Perdon, perdon, sobrino; dejadle vivir: vosotros y vuestros perros me pareceis Canibales.

EL CAZADOR.—Tanto peor para nosotros, tía: picador, toca á muerte. (El picador obedece.) Haaaalí! Haaaalí!

LA SEÑORA.—Pues bien, yo os grito, perdon, perdon, y lo quiero, lo exijo. ¿Os atreveréis á desairar á una dama?

EL CAZADOR.—Pero tía, por Dios; vd. quiere privarme de mi victoria: verá vd.; verá vd.; nos vamos á divertir estraordinariamente.

LA SEÑORA.—Calla, sobrino, calla; eres un loco. (Dirigiéndose al ciervo.) Habitante pacífico del bosque, mi clemencia te concede la vida, y lo que aun es mas precioso, la libertad. Vuelve á la enramada, si tus piernas te pueden sostener, y en cualquiera parte á donde te conduzca tu destino, á orillas del arroyuelo, si cabe el reposas, sobre el fresco helecho, si sobre él descansas, con serva el recuerdo de este día memorable, y nunca olvides, que, si en las selvas, hay hombres tan crueles que persiguen á los tranquilos individuos de tu hermosa y noble raza, tambien se encuentran muchas veces en los caminos mugeres sensibles, que los socorren en sus infortunios, devolviéndolos á la sociedad silvestre, de la cual son el mas bello adorno.

(Al acabar de proferir estas palabras,

la bala del cazador parte el ciervo, arroja un gemido y cae espirante.)

EL CAZADOR.—¡Victoria! ¡Victoria! Ya está muerto. Querida tía, el discurso de vd. no ha podido llegar en peor ocasion.

LA SEÑORA.—Sobrino, he cumplido con el deber que impone á mi sexo la compasion.... mi conciencia está tranquila.... Adios... Marchemos, postillon.

(La silla de posta sigue su camino. Los cazadores conducen el ciervo á la ciudad con gran algazara.)

Consecuencias de esta escena.

El asunto que ha servido para escribirla es verdadero. Mugeres, no os burleis de la dama de la silla de posta... Era desgraciada, porque no era bella; era desgraciada, porque no era rica. Entre los cazadores del ciervo se hallaba con su sobrino, el jóven marqués de T... quien pocos dias despues de la aventura se despidió de sus amigos y pasó á la corte. Al año de residencia en ella, se casó. ¿Con quien? ¿No lo adivinais? La dama de la silla de posta mereció por su sensibilidad ser marquesa de T... 4.

La danza de la muerte.

La noche iba á desaparecer ante los bellos resplandores de la aurora que iba á estender su blanco manto por los dilatados campos de Waterloo; el buho despedía sus últimos adioses, pero aun no habia brillado rayo alguno en las cimas del monte de san Juan; pardas y negras nubes prolongaban el reinado de las tinieblas y los bramidos del huracan, el retumbar de los truenos y una lluvia tempestuosa presagiaban una hora fatal.

Mil y mil relámpagos que rasgaban las profundas tinieblas descubrian el vivac donde descansaba el soldado transido de frio, empapado por la lluvia y hantelando la vuelta de la aurora, aunque debiera traerle la muerte.

En estas horas fatales es cuando los hechiceros, las magas y los espíritus infernales ejercen todo su poder, y en que se aparecen horribles fantasmas á los que están dotados de segunda vista, por entre la espesa niebla de la lluvia; y en estos funestos momentos los oídos del profeta atemorizado, perciben palabras estrañas que anuncian la muerte y la ruina á los hijos de los hombres.

A poca distancia de los guerreros de Albion, se hallaba el anciano Allan atormentado por los insomnios, Allan que habia penetrado por tantos años, al lado del

valiente Fasbiefru, en lo mas encarnizado de los combates.

El centinela fatigado oye á cada instante los pasos frecuentes de los caballos de las patrullas pero no hieren su oído los sonidos que atormentan á Allan, porque solo sus ojos distinguen las fantasmas ejecutando su mágica danza, semejantes á los meteoros de las lagunas, las fantasmas que presiden al destino de los que se le libraron de la muerte.

Tales fueron las que aparecieron cuando Jacobo de Escocia se preparaba á marchar hacia la fatal playa de Flodden; tales eran los espectros encargados de señalar las víctimas, y que invocaban los Daneses, cuando eran aun paganos, y cuando blandian fieros sus despiadadas cuchillas. Las fantasmas bailan, ensortijadas las manos como serpientes, y haciendo gestos aterradores: el vate que las distingue confusamente, cabalgando en las nubes, contempla el fuego de los relámpagos mas encendido al verlo por entre las formas vaporosas; sus siniestros cánticos tienen por objeto las batallas y los guerreros destinados á la muerte. Asi resonaba el cántico de las fantasmas.

«Comencemos nuestras mágicas danzas mientras el relámpago brilla y el trueno retumba: llamemos á los valientes á su sanguenta huesa donde dormirán sin que los cubra el lienzo funerario.

Nuestras plantas ligeras y aéreas no doblan las espigas, que inclinan sus cabezas cuando la tempestad muge, y que se columpian ondulantes á cada soplo de la brisa; empero las espigas que han tocado nuestros pies al rayar el alba, son arrancadas por la tarde, y confundidas en una masa de sangre y de negro polvo.

Hijos de la lanza, los horribles sueños que embargan vuestra mente os aseguran nuestra llegada, vuestra imaginacion os descubre nuestras formas, y en vuestros oídos resuena nuestro ahullido fatal. Antes que la tétrica noche estienda su negro manto, y cuando vuestras almas separadas de los cuerpos dirigirán su vuelo con trémulas alas, hacia la mansion de las felicidades ó de los tormentos, entonces oiréis mas robusto y vibrador el coro de la muerte.

Preñadas y sombrías nubes, deshaceos en torrentes de lluvia; por que van á caer sobre la tierra torrentes de sangre. El oriente comienza á blanquecer; cedamos el sitio á una fiesta mas terrible; las bombas y las llamas lanzadas por los mortales van á disputar el sitio á las centellas del aire: ¿que vale el furor de los elementos comparado con la rabia del hombre?

A la vuelta de la mañana los compa-

ñeros de Allan oyeron con admiracion y temor su vision; pero la pupila del vate estaba sombría, sus oídos insensibles y sus miembros helados. Su cuerpo reposa lejos de las nieblas de las montañas; pero sus compañeros repiten la historia de su vision cuando la aurora hace palidecer la llama de los tizones medio extinguidos, á cuyo resplandor se calientan.

POESIA.

A LA LUNA.

Tiende la noche el misterioso velo
Allá del firmamento en la techumbre,
Y millones de perlas en el cielo
Luciendo van su diamantina lumbré.

Yace quieto, en pacífico beleño
El torbellino mundanal, inerme,
Y en amoroso y encantado sueño
Duerme la esposa y el esposo duerme.

Dulce en tanto y espléndida la Luna
Pálida vaga por el campo azul,
Muellemente meciéndose en la cuna
De gasas impalpables y de tul.

Hermosa con su cándido reflejo
Tiene para ostentarse, á mas de aquel
Al tendido Océano por espejo;
Al vasto firmamento por dosel.

Salve encantada Luna, yo te adoro
Yo adoro en tí, tus mágicos fulgores
Y cuando bella en las preciosas flores
Llorando en perlas te deshaces lloro;

Lloro, sí, porque el alma conmovida
Los momentos recuerda que pasaron,
Los momentos recuerda que á mi vida
De amor el dulce nectar regalaron.

Yo entonces no cantaba tu hermosura,
Que soñaba mi ardiente fantasía,
Y un ángel ¡ay! cantaba, que amargura
Dejó por siempre á la existencia mia.

Mas, ¡cómo es grato al corazón soñar,
Sueño divino y amoroso, y blando;
Y como es grato al corazón, soñando
Pulsar la lira y la ilusión cantar!

Mas despues como es duro y azaroso
Si se gozó en la efímera beldad,
Con ojo entristecido y receloso
El espejo mirar de la verdad!

La verdad!.. la verdad!.. y qué es la vida?
Solo goces mentidos é ideales

Y alguna que otra realidad, perdida
Entre los desengaños mundanales!

Cual se padece! oh Dios! con la memoria,
Con el negro recuerdo torcedor,
De la adorada, mas perdida gloria,
Del adorado mas perdido amor!

Entonces, ay! será que nuestro acento
Canta siempre el dolor del corazon,
O que entregada nuestra voz al viento
Forma ese triste y dolorido son?

No sé; mas, es muy duro recordar
Un sueño dulce y amoroso y blando,
Y aun es mas duro al corazon, penando
Pulsar la lira y su dolor cantar!

Entonces... Dónde vuelas pensamiento?
Perdona hermosa Luna mi flaqueza,
Que el ánima abatida al sentimiento
Lloró al mirar en tí tanta belleza!

Perdona, astro luciente y adorado;
Que solo á tí mi voz cantar queria,
Terso boton de plata nacarado
Que el manto cierras de la noche umbria.

Yo te adoro mil veces, y en mi mente
No sé acertar aun con pensar profundo
Si eres globo de nacar transparente
O eres espejo que retrata al mundo.

C. DE ITURRALDE.

De Zaragoza nos escriben dándonos noticias bastantes detalladas de las mejoras que acaba de obtener en la parte artística el teatro de aquella ciudad, ocupado desde el principio de la actual temporada por una mala compañía de la legua. Parece que ésta ha cedido el puesto á otra lírica que, merced al mérito indisputable de los artistas que la componen, es el encanto de los Zaragozanos. Entre los primeros debe citarse con justicia á la prima donna, la señorita *Adela Dabedilhe*, hija de Bilbao, que despues de haber obtenido señalados triunfos en los principales teatros extranjeros, ha deseado alcanzar en su patria la mas bella de sus coronas.

En nuestro próximo número daremos una pequeña biografía de esta joven notabilidad, extractada en parte de las noticias ya citadas que de Zaragoza nos comunica el señor don F. S. y en parte tambien de las que han publicado algunos periódicos extranjeros; y la daremos con tanto mayor placer cuanto que la señorita Adela es española y paisana nuestra. Los demas artistas que hasta el presente han merecido justos aplausos en la capital de Aragon son: doña Josefina Cavedoni, la Battini,

el tenor Balestracci, y los señores Bonafox, Testa, Magnelli, Roca y Obiols.

—Tambien hemos recibido carta de la Habana en que nos hablan de su teatro. Don Gregorio Duclos restablecido enteramente de una cruel enfermedad ha vuelto á presentarse en la escena y á arrebatarse los ánimos con las inspiraciones de su genio. Pocos artistas dramáticos reúnen las facultades de este actor: voz clara y flexible, hermosa presencia y entusiasmo; es hombre de pasiones; sabe sentir las y espresarlas; domina la escena y siempre que declama, su gesto, su postura, su accion es decorosa y natural. Don Antonio Hermosilla que por un errado cálculo de aquel empresario es, como el señor Duclos, primer actor y director de escena, puede á lo mas sufrirse en una comedia de costumbres, á pesar de que su voz es de muy mala calidad, y de que nunca se le oyen los finales de los periodos. Su declamacion pertenece á la escuela de Prieto, y cuando quiere esforzarse, se ahoga. Nunca hará mas este actor, porque sus facultades artísticas van retrogradando de dia en dia.

CIRCO OLIMPICO. Hoy domingo 11 del corriente á las siete de la noche se ejecutará una variada funcion, cuyos programas se hallarán de venta en la puerta de entrada al Circo, á dos cuartos cada uno.

ANUNCIO.

DETALLES HISTORICOS

DEL

CELEBRE PRONUNCIAMIENTO

DE MADRID,

EL 1.º DE SETIEMBRE DE 1840.

Secundado por las demas provincias del Reino.

De esta interesante obra va publicado el cuaderno 1.º, 2.º y 3.º que componen el primer tomo; y los sucesivos á que dé lugar hasta la instalacion definitiva del gobierno que es llamado á formar el invicto duque de la Victoria y de Morella, guardarán el mismo intervalo que los dos publicados hasta ahora.

Se hallará en Madrid á 4 rs. en la librería de Boix calle de Carretas, número 8; y 5 en las provincias franco de porte.

EDITOR: DON IGNACIO BOIX.